

cas. Una sonrisa de infinita beatitud iluminó las facciones del hombre regular. Ahora necesitaba otra bola para hermanar, y el mingo, la bola roja, con el objeto de completar la fantástica carambola. Y don Fulgencio, que entre otras cosas sospechaba la redondez de la tierra, pensó en la tierra. Su brazo impulsaba con titánica energía los dos inmensos juguetes planetarios. ¿No era acaso él, don Fulgencio, el hombre rico que posee la tierra, y plagia a Josué cuando le parece? El Sol era su oro, y alrededor de esa esfera la tierra giraba fascinada, como una mosca en la tela de una araña. ¡Qué magnífico iba a resultar el choque! ¡Qué explosión formidable conmovería los ámbitos del espacio! ¡Qué reventazón de llamaradas envolvería a la creación en un relámpago de infierno!

Las dos bolas rodaban sobre el paño de los cielos con estrépido formidable. Devoraban millones de leguas en su curso, pero no llevaban trazas de juntarse. Faltaba la bola roja, el mingo, que produciría la carambola. Don Fulgencio sudaba a gruesas gotas, sofocado, anonadado por el espectáculo terrible. Bajo la rotación de los dos astros las estrellas reventaban como vidrios. Pero el sol y la tierra, la bola de riqueza y la bola de trabajo, no llevaban trazas de juntarse. Faltaba la bola roja, el mingo, que decidiría la carambola. ¿Dónde encontrarlo? ¿Dónde hallar un equivalente de esas esferas monstruosas? Don Fulgencio tendió los brazos, desesperado. Hubiera echado a rodar su cabeza por los cielos si la creyera apta para provocar la conjunción. Su oro, su querido metal, su vida, mejor dicho, jugaba contra la tierra y nada podía definir aquel lance!

¡La bola roja! ¡La bola roja! Hé aquí lo que hacía falta.

En aquel momento, don Fulgencio se sintió botar por los aires. Una explosión gigantesca conmovió las paredes. El mingo! el mingo! tuvo tiempo de exclamar aterrado.

Y efectivamente, el hombre metódico acababa de volar, reventado por una bomba de dinamita.

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

¿Necesita Ud. algún libro?

Pídamelo; si no lo tengo, se lo consigo.

Me hago cargo de toda clase de

Agencias y Comisiones

ALBERTO CALDERON G.

SAN JOSE — APARTADO 533

Una carta de Juan Silvestre

Primera carta de Juan Silvestre
a su amigo P. S. sobre un alma destinada al Seno de Abraham

POR CARMEN LIRA

AMIGO mío: Me pides con insistencia que te escriba? Pues aquí me tienes, un si es no es gruñón y con unas peregrinas opiniones entre la mollera que tal vez encuentres descabelladas.

Como hace quince días que el reumatismo me tiene recluido en mi habitación de anacoreta, no te puedo hablar de la vida callejera. Pero mi reclusión no me impide dar una que otra dentellada en la vida ajena iel manjar predilecto de los hombres! cuando le encuentran sabor negro, que cuando se lo encuentran blanco lo dejan a un lado por insípido y aun escupen el jugo que les tocó el paladar.

Me limitaré a contarte de algunas tentaciones que han frecuentado mi

celda, y las llamo tentaciones porque me hacen subir renegando, la pendiente del fastidio: y el renegar y el fastidio son actos pecaminosos según los filósofos optimistas.

Estas tentaciones han aparecido bajo la forma de unos vecinos oficiosos, quienes vinieron a enterarse del por qué mi nariz no asomaba a husmear fuera de mis dominios. Todos ellos gentes que han pasado ante mí, como un cefirillo ante un comerciante ensimismado en sus operaciones. En estos días de enfermo, me he sentido entre sus solicitudes y sonrisas, como se debe sentir la imagen de un santo entre los ramos de papel plateado con que lo adornara la ñoña doncellez de su dueña.

¡Cuán malhumorado se ha vuelto tu amigo! Quizá sean sus años salpimentados con estos dolorcitos del reuma: lo cierto es que estoy hecho un salvaje y que le huyo a la gente como el diablo a la cruz, sobre todo a esas gentes que no me producen ni frío ni calor.

Bien sabes que esto no es producto de soberbia y que no desprecio a nadie, ni a mí mismo, y que cada ser humano me sumerge en un éxtasis, cuando me vuelvo filósofo. Con todo, a la mayor parte de mi prójimo le diría de buena gana lo que Carlyle al suyo:

«Hermano, seguramente no eres odioso; eres digno de simpatía o por lo menos de piedad: pero para mí ¡ay! eres horriblemente fastidioso y poco instructivo; sigue tu camino con mi bendición».

Por suerte que mi pipa no me desampara, y a menudo me transporta lejos de las caritativas garras de mis vecinos, y mientras su conversación revolotea lo mismo que una gallina entre mi cuarto, el humo de mi pipa se lleva en volandas mi imaginación a otras regiones: a las del recuerdo, a las del recuerdo solamente, y ya no a las del ensueño, que ya tu añoso amigo no sueña. Ha tiempos que la Esperanza sacudió la mano en que tenía para él granillos de Ilusión.

Pero noto que me pongo ligeramente sentimental. Perdona este mi viejo mal que tan a menudo asoma por mis labios su sonrisa melancólica, cual un rayo de luna por la grieta de una pared ruinosa.

Hoy vino a hacerme compañía un tal Sr..., ¿pero a ti que te importa su

ALBA SIN SOL

La mañana está fría,
nublada y gris...
Los cipreses, callados
en el jardín,
negros en su tristeza,
me hacen sentir
aquel hondo silencio
que vendrá al fin...
¡La mañana está fría,
nublada y gris!...

Soledad y silencio,
día sin amor!
Alba de plomo, triste...
¡Alba sin sol!
De pronto en los cipreses
se oye trinar
un pájaro amarillo;
luego se va...
¿A dónde? ¿A otros jardines?
¡Señor, quién tuviera alas
para volar!
¡Soledad y silencio:
día sin amor...
¡Alma que pena triste
sin ilusión!

La murmurante lluvia,
del muerto mar
sin luz, que es hoy el cielo,
cayendo está...
¡Todo más gris y triste,
más soledad!
¡La desierta mañana
me hace llorar!...
¿Amor, en dónde estabas?
¡Oh muerto corazón
que un día fuiste la lira
de mi canción!...
La murmurante lluvia
cayendo está!
¡Y el corazón dolido
rompe a llorar!

CARLOS LUIS SÁENZ

San José, C. R.

(Envío del Autor)